

MARÍA GUTIÉRREZ ZÚÑIGA
**La paternidad como
invención**

Una cuestión personal
Kenzaburo Oé,
Anagrama, Barcelona, 1989

De nueva cuenta la literatura nos ofrece una perspectiva profunda y sutil de la densidad subjetiva¹, esta vez particularmente centrada en el tema de la paternidad. A partir de una novela, en buena medida autobiográfica, Oé escribe el recorrido en la experiencia de un hombre, alrededor del nacimiento de su primer hijo. Sin embargo, un acontecimiento inesperado marca de manera radical dicha experiencia: el bebé nace con una malformación en la cabeza, que inicialmente es diagnosticada como «hernia cerebral». Situación que plantea el riesgo de muerte

del recién nacido, o bien —mediante una intervención quirúrgica— la amenaza de una sobrevivencia con secuelas de minusvalidez en su desarrollo ulterior, que incluso podrían llegar hasta el punto de una vida vegetal.

Sin embargo, lo interesante en el texto es que queda claro que la problemática dentro del orden del cuerpo de ese niño, representa un plus añadido a la complejidad que a Bird —tal es el nombre intencionadamente anglosajón con el que el autor llama al protagonista principal— le plantea de por sí el hecho mismo de ser padre. Es decir, la hernia en la cabeza del infante le implica a Bird un pretexto. Ese niño deforme aparece en su horizonte como aquello que otorga un guión, un escenario a la medida, que da consistencia a la imposibilidad de sustraerse del dolor de existir. Sustracción imaginizada como posible en la realización de un largamente deseado y mítico viaje al África, que parecía significar aquello que haría leve el peso

¹ Jean Allouch. *Erótica del duelo en tiempo de la muerte seca*. Ecole Lacanienne de Psychanalyse, Edelp, Córdoba, 1996, pp. 22-23.

de su propia miseria humana o que otorgaría un peso a su inherente levedad.

Evidentemente ese viaje se tornaba aún más lejano por el hecho de convertirse en padre, y además padre de ese hijo. La cabeza malformada, abierta de éste, se vuelve el centro alrededor del cual gira todo el devenir de Bird a lo largo de la narrativa, pues es la metáfora de su propio desgarramiento interior en torno a una cuestión personal que se abre al protagonista de manera inexorable a partir del llamado a la paternidad.

La novela inicia cuando Bird se encuentra comprando mapas de África, mientras su mujer estaba en la mesa de partos de un hospital. En ese compás de espera, sus reflexiones giran alrededor del desencuentro constante en la relación con su mujer, de la prisión que dicha relación le ha significado y que se cerraría con candado con el nacimiento de un hijo. A la vez, parece mirarse a sí mismo perdiendo

juventud, como si la cuestión de la muerte asomara por su propio cuerpo.

Una vez enterado del nacimiento de su hijo y de la condición en la que éste se encontraba, en medio de toda la perplejidad de Bird comienzan a marcarse trazas provenientes del exterior, que señalan una salida. El médico partero nombra al bebé “ la cosa” . Su suegra le pide que haga que los médicos se deshagan de “ eso” , para que su esposa no se entere de la situación y no tema después volver a embarazarse. Su suegro, al ser enterado por Bird mismo, guarda silencio y le regala una botella de whisky, sabiendo que bajo ciertas circunstancias —como las posteriores a su casamiento— él se perdía semanas enteras en el alcohol.

No obstante, Bird lleva al bebé a otro hospital, dado que en el primero no podían hacerse cargo de él. Y a partir de entonces, se inicia un nuevo tiempo de espera en relación con la evolución del recién nacido.

Bird toma su botella de whisky y va a buscar a Himiko, una antigua amiga. Durante tres días intenta redimirse de ese real de la sexualidad y del cuerpo —con el que su propio hijo le encaraba— recurriendo al goce en su dimensión más fálica, intentando reencontrar un deseo distinto de aquél domesticado y extraviado en la maraña de su existencia cotidiana. Poco a poco aquella salida esbozada, esa posición en la que era posible decidir sobre la vida o la muerte de otro —al que en realidad no se le otorgaba un lugar como tal— fue tomando fuerza en él mismo, hasta el punto de llegar a proponer al médico que tomara las medidas necesarias para que el “bebé monstruo” se fuera debilitando y no alcanzara las condiciones indispensables para ser intervenido quirúrgicamente, única apuesta posible para su sobrevivencia.

Sin embargo, es en esta espera particular que se desencadena irremediablemente para Bird un tiempo para

comprender, en el que inciden ciertos hechos. Dentro de sus conversaciones, Himiko le hace ver una verdad que estaba en él mismo: ese hijo y la decisión que había tomado respecto a él operaban en el marco de un asunto no saldado entre Bird y su padre:

Bird tenía seis años, Bird había preguntado a su padre: “¿Dónde estaba yo cien años antes de nacer? ¿Dónde estaré cien años después de morir? Padre, ¿qué será de mí cuando muera?” Sin pronunciar palabra, su padre le dio un puñetazo en la boca y le llenó la cara de sangre. Bird olvidó su miedo a la muerte. Tres meses más tarde, su padre se disparó en la cabeza con una pistola alemana de la Primera Guerra Mundial.

— Si el bebé muere de desnutrición —dijo Bird recordando a su padre— al menos tendré un temor menos. No sabría qué hacer si mi hijo me preguntara lo mismo cuando tuviera seis años. Sería incapaz de golpearlo en la

boca con la suficiente fuerza para que olvidase por un tiempo el miedo a la muerte.

— No te suicidarás, Bird. ¿De acuerdo?

— Déjalo ya —dijo Bird, apartando la mirada de los ojos de Himiko...²

En este ínterin, Bird va en busca de un amigo de apellido Delchef, un hombre de edad madura a quien Bird intenta salvar de una sanción política como extranjero, debido a que había abandonado su puesto diplomático por la pasión de una mujer. Bird no logra su cometido, pero ocurre entre ellos algo que de algún modo venía a invertir la situación.

—Bird, ¿ha nacido su bebé?

—Sí, pero... Ha nacido enfermo; esperamos su muerte de un momento a otro. —Bird no entendía por qué lo había expresado tan derechamente—

² Kenzaburu Oé, *Una cuestión personal*, Anagrama, Barcelona, 1989, pp.136-137.

. Tiene una hernia cerebral, una deformación espantosa...

—¿Por qué espera su muerte? Lo que necesita es una intervención quirúrgica. —Delchef lo miró con franqueza.

—No hay oportunidad de que crezca normalmente, ni siquiera tras una intervención —dijo Bird consternado.

—Kafka, ya sabe, le escribí a su padre que lo único que puede hacer un padre por su hijo es acogerlo con satisfacción cuando llega. Usted, en cambio, parece rechazarlo. ¿Puede excusarse el egoísmo que rechaza a otro ser, basándose en un derecho de padre?

Bird permaneció en silencio. Delchef había dejado de ser el extranjero excéntrico de bigote rojo, que mantenía el humor pese a lo apurado de su situación. Bird sentía como si un francotirador le hubiese dado de lleno. Reunió ánimo para replicar, pero de pronto se dio cuenta que no tenía nada que alegar. Bajó la cabeza.

—Ah, this poor little thing! —susurró Delchef.

Bird levantó la mirada estremecido y comprendió que esas palabras iban dirigidas a él. En silencio, esperó a que Delchef decidiera dejarle en libertad. Cuando por fin pudo despedirse, Delchef le regaló un pequeño diccionario de su lengua natal. Bird le rogó que lo firmara. Delchef escribió una sola palabra en alguna lengua eslava, firmó debajo y explicó:

—En mi país, esto quiere decir “esperanza”³.

Pasó el tiempo y el bebé aún respiraba. Había que realizar ya la intervención quirúrgica. Pero Bird se negó a autorizarla y decidió llevarse al recién nacido consigo. Había tomado una determinación definitiva para impedir que su hijo prolongara su agonía, la de los dos. Sin embargo, siente que la cabeza le pesa como si trajera un bulto en su parte posterior, se rasca la oreja como observa que su hijo lo hace, lo

cuida y protege en el lapso de pasar al acto.

Una vez realizado su cometido en ese propósito, decide ir con Himiko a un bar de un sujeto llamado Kikuhiko. Tal era el nombre con el que había registrado a su hijo en el hospital —era aquél que su esposa quería que le pusieran—. Pero así se llamaba también un amigo suyo de antaño, al que en cierta ocasión Bird había abandonado en una situación de peligro. Y ahí estaba él, su amigo, vivo y con reproches.

Aliviado, alzó su vaso de whisky. Tras siete años sin verse, apenas habían tardado siete minutos en ponerse al día ¡Ya no tengo veinte años! Y de todo lo que tenía en aquella época sólo he conseguido conservar el apodo... sintió una convulsión interior y vomitó... ¿Qué cosa intentaba defender del peligro que representaba el bebé monstruo? ¿Qué había de valioso en su propio interior para defender con tanto ahínco? La respuesta que halló lo

³ *Ibid.*, pp.153-154.

dejó estupefacto: nada, menos que nada. Cero.

Bird se incorporó lentamente de la silla. Le dijo a Himiko:

— He decidido llevar al bebé nuevamente al hospital para que lo operen. No volveré a intentar huir por todos los resquicios.

— ...He imaginado África como el final de toda la fuga, el punto límite...

— Si quiero enfrentar mi reponsabilidad, sólo tengo dos caminos: o le estrangulo con mis propias manos o lo acepto y lo crío. Lo sé desde el principio, pero no he tenido valor para aceptarlo...⁴

Todo campo de posibilidad de ejercicio de la paternidad se funda en el marco de un acontecimiento subjetivo del padre.⁵ Tal acontecimiento, dentro del personaje principal de la novela,

se va fraguando para tener su punto culminante en esa “ nada ” que se genera al borde del pasaje al acto, en ese vacío bordeado y obturado a la vez por el duelo no efectuado de un padre, pero sobre todo del hijo muerto: él mismo. Y es que cuando muere un padre, hay un hijo que se lleva consigo.⁶ Entonces, es la promesa incumplida de un hijo sano lo que viene a abrir y actualizar en Bird la imposibilidad de embarazarse de la sombra de esos muertos,⁷ la exigencia de subjetivar esos duelos, perdiendo un pedazo de sí:⁸ el objeto desde siempre perdido y hecho presente en esa “ nada ”. A partir de ese vacío es que se suscita en Bird un deseo, y es entonces que ese hijo nace para él,⁹ pero también que él nace para sí mismo; es decir, ocurre el *birth*¹⁰ de Bird.

⁴ *Ibid.*, pp.185-186.

⁵ Zulema Fernández. “ Una promesa incumplida ”, en *Litoral*, núms. 23/24, Ecole Lacanienne de Psychanalyse, Edelp, Córdoba, abril de 1997.

⁶ Referencia a los planteamientos de Allouch, *op. cit.*, pp.22-23.

⁷ Fernández, *op. cit.*, p.125.

⁸ Allouch, *op. cit.*, p.30.

⁹ Fernández, *op. cit.*

¹⁰ “ Nacimiento ”, juego de palabras por homofonía, en idioma inglés, subrayado por Alberto Sladogna.

A dos años de haber escrito esta obra (1964), Kenzaburo Oé publica *Dinos cómo sobreviviremos a nuestra locura* (1966),¹¹ la cual, en cierta forma, continúa narrando la historia — que le concierne a él mismo— de Una cuestión personal, en el marco de unos años después. Dentro de este libro posterior, es también un acontecimiento inesperado el que vuelve a abrir en el personaje central la cuestión del padre, de su vida y muerte, cuyos hilos desconocía. Recuperar esa historia del padre se volvía entonces la única vía para nacer como sujeto y darle a su hijo «retrasado mental» el mismo estatuto.

Así, la reflexión de Oé en torno a la paternidad, cuya búsqueda testimoniada, pero sobre todo llevada al acto en su escritura misma, se acerca significativamente al libro de Paul Auster, *La invención de la soledad*.¹²

La muerte del padre de Auster desata también una búsqueda a través de la escritura, la cual es orientada a salvar al padre, a recuperar a un padre invisible incluso para sí mismo.¹³ Sin embargo, lo que encuentra son las trazas de una ausencia que se prolonga hasta la generación del padre de su padre —privado real y simbólicamente de su existencia por la abuela paterna de Auster—. Así, su hallazgo lo hace encararse con la cuestión del hijo muerto: su propio hijo —quien estuvo gravemente enfermo y a punto de morir—, pero sobre todo él mismo, Auster, en tanto hijo de su propio padre. Y se encontró, así, atravesado por el vacío e inventando al escribir, su propia soledad, a tientas, en la oscuridad de la tinta.¹⁴

Curiosamente en el personaje de Bird encontramos un pasaje que describe esta experiencia:

¹¹ Anagrama, Barcelona, 1995.

¹² Anagrama, Barcelona, 1997.

¹³ Auster, *op. cit.*, p.14.

¹⁴ *Ibid.*, p.232.

— Anoche soñaste con el bebé, ¿no?...

— Había una base de misiles en la luna y la cuna del bebé estaba allí, completamente solo en los desiertos lunares...

— Pues te encogiste, cerraste los puños y lloraste como un recién nacido...

.....

— Es una cuestión personal. Cuando estás solo dentro de una cueva privada, al final llegas a una salida lateral que conduce a una verdad que te concierna a ti y a todo el mundo. Eso recompensa los sufrimientos padecidos. ¿No le ocurrió eso a Tom Sawyer? Tuvo que sufrir en una cueva oscura, pero al mismo tiempo encontró el camino hacia la luz y un saco de oro. Sin embargo, lo que experimento ahora es como cavar en solitario el pozo vertical de una mina, recto hacia abajo,

hacia una profundidad sin esperanzas y que nunca se abrirá al mundo de nadie más. Así que, aunque sude y sufra en mi cueva privada, mi experiencia jamás le importará o concernirá a nadie. Lo único que hago es cavar y cavar, algo estéril y vergonzoso. ¡Esta vez Tom Sawyer está en el fondo de un pozo sin salida y no me sorprendería que enloqueciera!¹⁵

Por último, cabe subrayar cómo Una cuestión personal y La invención de la soledad alcanzan su final justo en un punto sin cierre, en el que la paternidad resta como una cuestión de invención incesante, al igual que las subjetividades respecto a las cuales, la escritura más que constituirse como un reflejo nítido de ellas, las engendra.¹⁶

¹⁵ Oé, *op. cit.*, pp.144-5.

¹⁶ Marta Olivera de Mattoni. " La invención de la soledad de Paul Auster " , en Litoral. *op. cit.*, p.105.